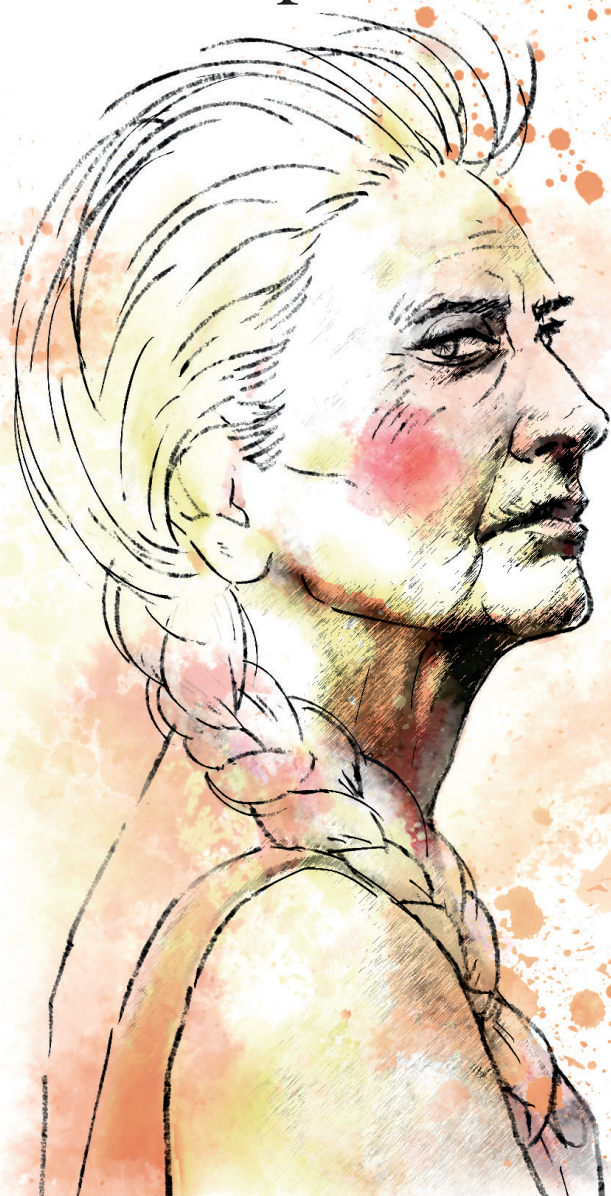


Seix Barral Biblioteca Breve



Pablo Gutiérrez

Los libros repentinos





Seix Barral Biblioteca Breve

Pablo Gutiérrez
Los libros repentinos

© Pablo Gutiérrez Domínguez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-322-2471-3

Depósito legal: B. 5.618-2015

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Se reproducen fragmentos adaptados de las siguientes obras: Pío Baroja: *Aurora roja* (págs. 197, 218 y 228), *El árbol de la ciencia* (págs. 40, 72, 73, 99, 124, 130, 134, 151, 190 y 192), *La sensualidad pervertida* (págs. 9, 31, 32, 33, 43, 45, 46, 60, 74 y 76), *Las inquietudes de Shanti Andía* (págs. 191 y 192), *Las miserias de la guerra* (pág. 148) y *Mala hierba* (págs. 60, 61, 62, 73, 135, 148 y 154); Antonio Buero Vallejo: *Historia de una escalera* (págs. 34, 35, 161, 172 y 184); Federico García Lorca: *La casa de Bernarda Alba* (págs. 24 y 175) y *Poeta en Nueva York* (págs. 111 y 247), © Herederos de Federico García Lorca; José Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas* (págs. 85, 97, 107, 120 y 137); Miguel de Unamuno: *San Manuel Bueno, mártir* (págs. 40 y 104) y Ramón María del Valle-Inclán: *Luces de bohemia* (págs. 77, 155 y 156).

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los fragmentos de las obras que aparecen en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

7 PRIMERA PARTE. La sensualidad pervertida

9 1. Reme

31 2. La caja de libros

60 3. La plusvalía

74 4. Porno y acción

83 SEGUNDA PARTE. La rebelión de las masas

85 1. Dinero

97 2. Las vecinas

107 3. Propaganda

120 4. Represión

137 5. La carga de los húsares

159 TERCERA PARTE. Historia de una escalera

161 1. Obras de misericordia

172 2. Huérfanos del mismo hospicio

184 3. Crac

195 CUARTA PARTE. Aurora roja

197 1. Intramuros

218 2. La Feroz

228 3. La asamblea

243 *Epílogo*

1

REME

Por las conversaciones que sorprendí, supe que tenía alguna enfermedad en el sexo. Esto no impedía mi entusiasmo por ella; todo me parecía un atractivo.

Reme es una vieja indecente que viste con harapos y deja que el pelo le crezca sobre los hombros como la mala hierba. Perdura en ella la fortaleza de la mujer superviviente, piel de elefante marino, las mejillas son dos manzanas de Blancanieves. El tiempo le pertenece, no duerme, a nada le teme: de madrugada deambula como un centinela haciendo rugir los soportales de la plaza con sus bostezos, al mediodía se acurruca al sol para leer cualquiera de los libros que carga consigo. Está cansada, le tiemblan las rodillas cuando sube al autobús que lleva hasta las librerías de intramuros, debería quedarse en casa y precaverse del infortunio de una caída, pero persigue esos libros como alimento necesario, su marido ha muerto, sus hijos huyeron, no confía en ninguna gratifi-

cación ultraterrena, siente terror al pensar que su vida se extinguirá sin recompensa, yo tenía veinte años un minuto antes de cumplir setenta, y me vencieron los hijos ingratos, los amantes que no existieron, las rendiciones de un marido incauto, la bronca diaria contra ningún adversario. Los libros conjuran la melancolía y la repetición de los días iguales, las palabras se deslizan como las guías de un telar, todas las historias, todos los cuentos, Reme se convierte en cada: es Ana Ozores en el reclinatorio de la catedral, es Fortunata burlada por Santa Cruz, un hombre desnudo frente al espejo y la caricia en la costura de las medias que nunca tuvo; su viejo corazón se hincha como un neumático, las hormonas segregan la misma sustancia que provocó el primer naufragio, cuando todo comenzó a ir mal por culpa del amor, del cine y de los flujos vaginales desmedidos.

Tenía quince años la primera vez, caderas de carne y seno de masa, y trotaba con la bolsa de los recados cuando en la esquina vio a un muchacho que parecía el hijo del practicante, aquel chaval anémico que acompañaba a su papá en las visitas para aprender el oficio y pellizcar el glúteo de las niñas, pero qué metamorfosis se produjo, las manos de hombre severo que arruga el papel de los cigarrillos, el cuello sin camisa debajo del tabardo como si estuviera desnudo. Cada día estás más linda, le dijo al pasar, y las divinas palabras provocaron el milagro: Reme-quin-ce sintió que una escorrentía le encharcaba los muslos, me lo hice encima como un bebé, todos se darán cuenta. Buscó refugio en un portal para limpiarse con un pañuelo, lo probó, no sabía a orina sino a sudor y a menstruación caliente, se sentó en los peldaños, se quitó las bragas escaldadas, apretó las piernas, cerró los ojos para espantar al diablo y

la figura del arcángel se abrió paso a dentelladas, la boca dibujada como una raya doble de cuaderno, la piel fría debajo del tabardo de arpillera, el olor de los cigarrillos, los malos modales, nena, dile a tu mamá que no te deje sola, y la nena se deshizo en una larga tiritera de la que no supo reponerse hasta que oyó el cloqueo de una llave. Veloz, recogió la bolsa, compuso su ropa y escapó del portal dejando un cerco salobre en la escalera. Dos manzanas de caramelo brotaron en sus mejillas; permanecieron siempre iguales, también de vieja, como estigmas venéreos que señalan el pecado.

Ocurrió así, y aunque haya pasado tanto tiempo desde entonces, doña Remedios, viuda de, aún recuerda el episodio y se estremece pensando en los brazos que nunca se posaron sobre ella, escalofrió. Qué castigo infligía el aprendiz de practicante entre las niñas del barrio, aguja hipodérmica: había crecido dos palmos, el padre ya no podía reducirlo a bofetadas y lo daba por perdido, las niñas lo embellecieron con sus miradas de cordero. Se convirtió en el dueño de la esquina de los suspiros, no tenía moral de ninguna clase, no le importaba si grandes o pequeñas, con novio o sin ninguno, ¿fueron seis o siete a las que estropeó en una pared de sombra, a las que subió en brazos a una azotea? Reme-quince no se dejó atrapar y nunca probó ese dulce, y ahora Reme-setenta recuerda cada cosa con precisión cinematográfica, el tabardo, el gesto, la piel de cuero curtido, el cuello sin camisa, los ojos como insectos, la voz ruda de aquel golfo que ya será un pellejo seco o la lasca de un osario o el martirio de una anciana que cuidará de él como de un hijo tonto, en cualquier caso andará lejos, muy lejos del barrio de exilio al que Reme fue arrojada por culpa de la bizarría de sus fluidos.

La historia de Reme-rebelde comienza poco después de la anunciación del arcángel, hágase en mí según tu palabra. Espoleada por la aparición, besó a dos chicos ese verano, eres peor que las que cobran, le dijeron a coro, al menos ellas lo hacen por necesidad. Se supo, todos lo supieron, y en casa las bofetadas sonaron como aplausos de platea. Quiso escapar de la infamia y de la fiereza de sus padres, cumplió dieciocho e intentó convencer a un chiquilín incauto para que se fugaran a una isla tropical. El incauto se puso pragmático, es guapa, dice que me quiere, qué importa que de ella se cuente que. Bastó con algunas caricias indebidas porque él también deseaba marcharse de lo suyo, un cuarto compartido con demasiados hermanos, ya es un hombre y puede valerse, aquí no hay sitio. Oyeron la noticia del nuevo barrio auspiciado por Acción Católica y renunciaron a su isla a cambio de una porción de la explanada, y hubo un párroco que se compadeció de ellos por haber visto demasiadas cosas durante los años feroces, los casó a escondidas sin anillos ni velo, vestidos de calle, los inscribió en la lista de solicitantes y puso su hoja encima del resto antes de enviar el sobre timbrado a la comisión, no es necesario sacrificarse bautizando negros de Guinea ni contraer la malaria en un poblado con generador de gasóleo cuando hay tanto evangelio vacante entre los desgraciados de acá, en tus manos encomiendo el espíritu de estos infelices, Señor, yo ya cumplí con mi parte, que el sacramento los proteja, darás posada al peregrino y consejo al que se siente perdido, y una copia de carbón de la solicitud de vivienda junto a la partida de matrimonio, ahora tened niños, pero con Dios de vuestro lado, les dijo antes de despedirse. Salieron de la iglesia por la puerta del trascoro, clandestinos; en la noche de bodas cada cual durmió con sus pa-

dres. El párroco no volvió a verlos, ni siquiera cuando sus nombres aparecieron en el tablón de los admitidos. Ingratos. La misma gente de siempre ensuciando el mundo, pensó.

Estaban salvados, se alejarían del mal nombre, de la deshonra, del aburrimiento, de la vergüenza que ella debería sentir por lo que apenas hizo y de la debilidad de las cosas que él nunca haría. A Reme le habría gustado enfrentarse a sus padres blandiendo los papeles de la parroquia, me casé, ya no podréis decirme dónde estuviste ni con quién, pero hubo que aguardar algunos meses hasta que se resolviera el expediente. El incauto no tenía tanta prisa ni nadie que le esperara en ningún sitio, no habría quien escuchara su triunfo ni quien sufriera su reproche de despedida. Era el tiempo en el que todas las casas estaban saturadas de parientes, las familias crecían como tribus y en las camas se dormía de tres en tres; uno de menos era un rincón de más. En el parque y en un portal, Reme le concedió cierto alivio para que no se arrepintiera, la boca de agua y el pez en su interior.

Fueron buenos cobayas. No guardaban rencor de clase ni se figuraban ningún paraíso perdido, habían nacido después del 39, las cosas ya eran así desde el principio, sólo querían escapar de sus padres y de la calle donde crecieron sin ser felices, en eso consistía su rebeldía: en el aburrimiento, en la fealdad del mundo conocido. Algunas películas, muy pocas, sirvieron para hacerlos soñar con romances de gabardina, a Reme le gustaba besar con los ojos cerrados, adoraba a Cary Grant y a Rock Hudson, se empapaba imaginando los besos de cualquier actor americano, sus fantasías se nutrían de los carteles expuestos en la puerta del cine, casi nunca podía pagar la entrada, Reme se inventaba los argumentos observando

los fotogramas grapados sobre un bastidor de madera, esos hombres de camisa blanca y mandíbula angulosa que sujetaban muy firme la cintura de unas mujeres tan bellas e inestables. Igual que los niños son Robin Hood cuando juegan a Robin Hood, Reme besaba a Errol Flynn cuando besaba a cualquier otro, besos como sorbos, besos blandos como frutos. El incauto no era ningún guapo de cine sino apenas el actor secundario que muere en la primera escena, pero servía de escapismo.

Parejas fértiles para poblar aquellas casitas de regalo, pequeñas como conejeras, erigidas sobre un secarral, un páramo ganado al esparto y colonizado por emigrantes de los pueblos podridos de la comarca, tan felices de que su nombre apareciera en el registro de las casas-limosna, bendito Patronato, benditos próceres que cuidan de nosotros. Cincuenta años de concesión antes de convertirse en los propietarios legítimos de un suelo de terrazo: pasaron como el viento, y ahora doña Remedios es una anciana extravagante y carismática, su posición de jefe venerable del clan no es discutida por nadie, ni siquiera por los chicos innobles que acampan debajo de su ventana e intercambian con ella leves insultos, vieja loca, marranos, bruja, vándalos. Fue de las primeras en llegar a la explanada, la ciudad creció a su alrededor con constancia de glaciar, las calles se descosen como cadáveres de una lección de anatomía, sobre la acera reposan bobinas de fibra óptica como carretes de sutura aguardando a que los operarios enhebrén el hilo debajo del pavimento. Heráclito: nada permanece en la ciudad mutante, sólo la vieja Reme sigue fija en su sitio, motor inmóvil, pivote cósmico, como si el barrio y el orbe nacieran de la sopa primitiva de sus fluidos.

Al principio no era más que un llano de espigas y terrones secos, huertas regadas con agua de pozo, chozas de chapa, mulos cimarrones con las patas trabadas, no más. La aparición de los primeros bloques comunales hizo que la ciudad se aproximara como la garra del ejército enemigo, la flecha que repta en el diagrama del campo de batalla. Corrieron las hojas del calendario, los bloques se multiplicaron, los carriles de tierra se convirtieron en las calles de asfalto del desarrollismo, y el barrio fue abrazado por la prosperidad de la democracia. Urbanizaciones, núcleos residenciales, condominios con jardín interior. Reme-centinela recuerda los primeros años y se retuerce de melancolía: el matrimonio, los hijos, la enfermedad y el abandono son un malentendido, se estremece al enfrentarse en el espejo con la ancianita doña Remedios, viuda de, en lugar de aquella chica veleidosa, linda y de afecto fácil que irresponsablemente decidió casarse para escapar del oprobio. Una caja de libros repentinos llegó por azar para contarle cuanto no sabía: que la mitad de su vida le fue usurpada, que nunca debió arrepentirse, cada decisión es la cápsula que encierra un universo.

Vista desde el páramo, la ciudad intramuros no era más que una estampa lejana; extramuros, huertas tristes y campos sin labrar, perlas de m^2 , el diamante ausente de la tabla de elementos. Reme vivía asomada a una mina a cielo abierto, las columnas del alumbrado público avanzaban, los zapadores abrían túneles de saneamiento con máquinas revientaoídos. Fue el tiempo de los avalistas, los topógrafos y los promotores, que llegaron en sus coches americanos y firmaron los contratos con la mano abierta, como hidalgos; hombres constructores de nidos, filántropos que fabricarían casas decentes para los caver-

nícolas de las chozas, las criaturas nacen del barro y los países renacen de la tierra liberada de tasas. Había llegado la paz duradera, y la fundación de la nueva patria no la harían coroneles ni magistrados sino contratistas con la encomienda de proteger a la tribu del resentimiento y la intemperie, miles de familias desguarnecidas después de la Gran Bronca, ellos cumplirían con su cometido con la misma vocación con la que acudían a la misa del domingo, los zapatos muy limpios y los niños pegados a sus pantalones. Darás de comer al hambriento, etcétera.

El nido de Reme fue resultado de tanta filantropía, cuarenta metros cuadrados sobre la explanada de ortigas, con una carretera delgada como un cordón umbilical que se unía vagamente a las afueras. El sol amanecía en el dormitorio y se ocultaba detrás de las ventanas de la sala, las paredes amarilleaban en los atardeceres largos de junio, el chiquilín firmó las concesiones con la letra confusa de quien se escapa del colegio saltándose las planas de caligrafía, el libro de familia tenía las hojas en blanco pero el visado de la parroquia certificaba su cristiandad y sus intenciones. Se mudaron con dos camisas y dos vestidos. La cama, los muebles, incluso los platos y los vasos: todo provino de una almoneda parroquial, el barrio se defendía de la pobreza común como un kibutz, no había riñas ni robos, se exigían decencia y buenos modales. Urbanidad, tratados de. Estaba previsto, muy pronto el barrio tendría una plaza con arriates, un mercado, una iglesia y una escuela, el médico aún quedaba lejos, sí, pero había carros, y después ya habría coches. En la fachada del primer bloque una losa de piedra decía: Real Patronato de Casas Baratas, Excmo. Sr. Conde de Alcotán, yugo y flecha. Hubo inauguraciones, misas, fotos con bombilla. Los vecinos eran tan jóvenes y estaban tan hambrientos

como ellos, a la colonia llegaron cientos de presos que habían redimido sus condenas en la construcción de un canal de riego circundante, hombres locos y brutales que de noche aullaban como lobos y golpeaban a sus mujeres; el agua del canal silbaba deslizándose hacia los nuevos campos de arroz. Liberarás al cautivo, corregirás al que yerra, alimentarás a los buenos patriotas. En el retiro de sus fincas de verano, los próceres se compadecían de quienes no tenían nada, incluso de los culpables, Dios entienda sus motivos. Hay que abrir las cárceles, se decían, y casar a todos esos presos con todas esas mujeres dolorosas, darles un trabajo, un hogar donde puedan amar a sus hijos y olvidar el rencor. La patria es un solar inmenso, necesitamos brazos que la trabajen, qué importa si brazos convictos o conversos, les daremos casas, construirán sus propias casas como en los primeros tiempos, un asentamiento romano en la nación de los bárbaros. Albañiles y peones, y después carpinteros, y más peones y torneros y conductores, una escuela llena de niños, un país a estrenar. Les daremos lo que pedían a gritos: tierra, un trabajo, un motivo.

Tierra y casas. Los próceres imaginaban un tejado a dos aguas, ventanas con visillos, un cercado, quizá algún naranjo, cordeles para tender la ropa, un cuartito para las herramientas. Ella cocinaría un guiso de papas diminutas en una olla de latón, él fabricaría juguetes de madera. Trabajarían muy duro, olvidarían las ideas equivocadas, recuperarían la honra y la santidad de la pobreza. Devotos de una cofradía de barrio, rezarían a los sagrados titulares para agradecer la comida y el techo. Gratitud. Una patria dignificada por la generosidad y el esfuerzo: eso imaginaban, un país como un cuaderno nuevo. Pero la matemática del censo vino a arruinar su

fantasía de regeneración, salieron mal las cuentas, aquí no caben todos, olvidad la casita del dibujo infantil, olvidad las ventanas de marquetería, no hay canteras ni horno para tanto ladrillo. Mejor bloques de vecinos, casas baratas y comunales, agua corriente, electricidad, cuarenta metros sobran para una familia bien avenida. Hay que canalizar esas aguas sucias, los árabes tenían acueductos y acequias para regar los campos, y nosotros, un secarral donde sólo crecen los cardos y la mala conciencia, las inmundicias se arrojan a un pozo ciego, los niños orinan en el cubo donde beben los gatos. Abrid las cárceles. Los presos, al canal. Un día de trabajo redime dos de condena, y da un oficio. En la guerra, soldados; en la paz, albañiles.

El bautizo del primer bebé nacido en el barrio fue celebrado como un gran acontecimiento en los periódicos. Nadie faltó a la iglesia, recién pavimentada con el mismo terrazo de las nanocasas, la arquitectura industrial, las vigas descubiertas. El obispo remitió una carta llena de retórica y parabienes animando a tomar ejemplo de aquella primera pareja, cita del Génesis: que las calles se llenen de niños sin culpa ni pasado, *sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla*, ibídem, follad, hermanos, ésa es mi pastoral, sed buenos machos, reventad a vuestras mujeres, atiborradlas de esperma; y vosotras, que ya estáis santificadas, tratadlos con cariño para que después del trabajo encuentren en casa a una mujer recién lavada que les diga vamos a dormir la siesta, amorcito. Darás de beber al sediento, enseñarás al que no sabe. Son las obras de misericordia, el catecismo lo dice, la pila bautismal es una piedra labrada como una concha de peregrino, la matriz de Venus. Pronto se anunciaría la fun-

dación de una hermandad de penitencia en la parroquia, a imitación de las viejas cofradías de intramuros.

La consigna de la procreación se extendió, y los siervos, obedientes, se multiplicaron como una plaga, abandonaron los campos y emigraron a los burgos en busca de la protección del señor feudal, que prometía cobijo y hogaza para quien se mostrara limpio de corazón. Viles como eran, los siervos fabricaron cobertizos en canchas inundables a la espera de la siguiente tanda de concesiones, dibujando una ciudad nueva y provisional en los márgenes de la Muy Noble y Muy Antigua. Cuatro mil asentamientos apuntó un funcionario del Patronato que, con carácter de urgencia, remitió un informe al Excmo. diciendo cólera, hambruna, infecciones, delincuencia.

Noviembre, 1961: los cielos se cubrieron y una riada bíblica arrasó los campamentos de la gleba, *el agua subía con lentitud, amenazando a la ciudad que audazmente había echado raíces en medio de su curso*. Desde su baluarte, Reme y el incauto vieron acudir a los soldados en botes de salvamento, hubo heroicidades, un panadero fabricó un horno con rasillones para alimentar a los vecinos, las hogazas se repartían con poleas. Era la solidaridad del oprimido. *El río crecía. Las aguas rojas y gelatinosas, como arcilla líquida, chocaban contra las pilastras de los puentes, hirviendo como montones removidos de hojas secas*, las chabolas formaron un mismo escombros unas sobre otras. Cuando las lluvias cesaron, el funcionario prolijo se calzó unas botas de pocero y marcó con tiza cada techumbre que encontró en el lodo como el que suma cabezas de ganado, Excmo. Sr., resulta imposible realizar un censo efectivo de esta población nómada y refractaria al rigor del empleado público, habría que multiplicar cada tabanco por cinco o por seis especímenes para encontrar una

cifra aproximada del número de almas que habitaban en el delta antes de la catástrofe. Es gente ruin, analfabetos e hijos de analfabetos, y nietos y bisnietos de lo mismo, gente de campo recién llegada a la ciudad, pero no jornaleros con la costumbre de esforzarse, sino ladrones, rebuscadores y gitanos vagos, Excmo. Sr., hay porciones de niños sin bautizar con sus padres en mancebía, para enderezarlos habría que ofrecerles un señuelo edificante, nuevas viviendas que no naufraguen a cambio de examen de conciencia y compromiso católico. Serían los primeros de su estirpe en vivir en una casa de ladrillo, con agua para beber y techos que no se caen, nos repele su contacto porque se alejaron de la condición humana pero es nuestro deber devolverlos a la especie, apiádese, construya. Y el Excmo. Sr. Conde de Alcotán, presidente perpetuo del Patronato de Casas Baratas, tres veces alcalde, octogenario, humanista, se apiadó de ellos. El altruismo y la albañilería van de la mano, caridad para quien nada tiene y óptimas oportunidades de negocio.

El Excmo. Sr. vivía muy lejos, en un cortijo inmenso como una provincia fructificado por los regadíos que el canal de los presos favoreció. Desde allí despachaba sus asuntos de puño y letra como en el xvii y apenas regresaba a la ciudad el martes santo para ver la salida de la hermandad de la Vera Cruz, las puertas del templo se abrían con goznes de medievo y su cuerpín de anciano noble se sobrecogía al ver pasar la reliquia del Gólgota, Lignum Crucis, oh Señor, todos somos astillas en tus manos, concédeme unos años más de vida para rescatar de la miseria fluvial a esos desgraciados, oraba el conde en su gabinete, es verdad que son seres bestiales, arrebujaos e incestuosos, pero el ladrillo educa, habrá que soterrar ese río rebelde, desecar las tierras y construir nuevas viviendas

donde albergar a los náufragos, los mismos planos de entonces pueden servirnos, las mismas baldosas de suelo sucio arrumbadas en un polvo. Había fundado el Real Patronato de Casas Baratas en los años anteriores a la República por encomienda del rey Alfonso, cuando su prestigio como defensor de la fe comenzaba a forjarse entre la aristocracia que rodeaba al monarca. Un consejero pronunció su nombre en voz baja, y el rey, que ya se sentía amenazado por el malestar social, le envió una instancia pidiéndole que se hiciera cargo de una nueva sociedad filantrópica para cobijar a tantos pobres de la patria, mis súbditos desafortunados.

De joven, el Excmo. Sr. era un inquisidor. Vestía de negro, llevaba escapulario, se azotaba como un cartujo, sentía el placer del cuero en los dedos al sujetar las bridas de su caballo y obligaba a su mujer a rezar el rosario después de follar con ella cada noche, siempre de espaldas como hacen los animales para que no se le hundieran en el alma sus ojos de pecado, tuvieron once hijos. No bebía otro vino que el de la misa, no celebraba banquetes ni aniversarios, no acudía a ferias ni a verbenas ni a monterías, durante los años feroces acogió en su finca a un escuadrón de regulares que avanzaba hacia el frente de Extremadura, los alimentó y los acompañó hasta la raya del término pero no permitió que se acercaran a la cárcel donde se custodiaba a las mujeres indignas. Ya de viejo, se volvió compasivo con el pecado ajeno, palmeaba las mejillas de sus nietos, se lamentaba del dolor y de la pobreza, pensaba, como los neocatólicos, que Jesús es el amigo que nunca falla y no el portador de la espada ni el alfanje, y por eso dio la orden de construir nuevos bloques en la explanada, y fue así como creció el barrio del Patronato hasta convertirse en un cinturón suburbial del

mismo tamaño que la ciudad antigua, no ya un satélite al final de una carretera quemada sino una muralla de piezas idénticas como una dentadura. Las familias de intramuros estaban sitiadas, los pobres periféricos preparaban el asedio; el Excmo. Conde de Alcotán, camisa vieja, camisa iniciática a quien nadie se atrevería a llevar la contraria, había inclinado la balanza de la lucha de clases hacia el lado más débil.

Progreso e ingeniería. Son los años sesenta, y las nuevas conejeras ya no se asientan sobre arcilla y barro cocido sino sobre pilotes de hormigón y mallas de acero, se derrumbará el mundo y permanecerán intactos los cimientos del Patronato. Para el incauto la riada fue una lluvia fértil: lo contrataron en la fábrica de ferrallas que se instaló en el nuevo distrito, un trabajo duro de músculo y alicates donde aprendería el truco de las soldaduras y el montaje de los andamios, los compañeros le palmeaban la espalda diciendo te vas a hacer un hombre, chaval. Cien, doscientos, trescientos bloques comunales se expandieron en el extrarradio con esqueletos de hierro metropolitanos, tanto trabajo y tanta ganancia: aplicando la plusvalía obtenida, el dueño de la fábrica cambió el oficio del metal, tan sucio, por la blandura de la uralita, tan dúctil que se puede moldear con una segueta sin máscara ni estaño, apenas desprende un polvillo gris inofensivo. La cuadrilla se incorporó al nuevo negocio, el incauto manejaba los mamparos con las manos desnudas, el dueño era un padre generoso que repartía aguinaldos y cestas de navidad entre los más esforzados, el incauto nunca tuvo una queja, aunque al toser sintiera cristales en el pecho. Fueron los años del trabajo, del amianto y de la resignación. Madrugar, combatir, regresar agotado y enfermo. Reme imitaba al resto de las chicas del barrio, perezosas y

amables: se desperezaba, tomaba el sol en la cama, desayunaba despacio, recontaba el dinerín que le quedaba para la cesta. Esposa abnegada, aún no habían nacido los hijos, la casa era tan pequeña que se recogía con dos escobazos, las mañanas se le hacían lentas y aburridas como vacaciones de verano, quién renunciaría al refugio doméstico a cambio de ninguna película de amor verdadero, ninguna ficción de novela de kiosco, aquellas novelas de Bruguera y Jazmín que siempre hablaban de malqueridas, hombres apuestos y calamidades. Las vecinas del bloque amaban sinceramente a sus maridos mongoloides, recogían veloces los platos de la cena para acostar a los niños y frotarse con ellos como grillos antes de que el sueño les venciera, aspirando el aroma del tabaco y mamándolos del modo que nunca confesarían al coadjutor, tan lejos de las camisas blancas de Cary Grant y de las mejillas afeitadas de Rock Hudson. Reme no era como ellas. Siempre cerraba los ojos cuando besaba al incauto.

Del cine de los ojos cerrados llegaron los hijos, dos, después de un embarazo malogrado cumpliendo el índice de mortalidad neonatal. El incauto se sintió aliviado al comprobar que se le parecían tanto, Reme no le engañaba, o bien lo hacía con prudencia. Fueron partos de veterinario, era estrecha de caderas, Reme prometió que ni uno más, el médico le dijo mujer, los que vengan, ni uno más, repitió. Por culpa de su egoísmo perdieron el subsidio que cobraban los padres de prole, de qué tienes miedo, protestaba él, no cabemos, contestaba ella, esto es muy pequeño, otros viven así, decía él, dos es poco, dos es nada, hay quien tiene cinco, y seis. Reme arrugaba con rabia las cubiertas de sus novelas de kiosco, que quedaron olvidadas en un estante porque ya no había mañanas ociosas en las que leer banalidades sino niños que lloran, críos

que ensucian la ropa y patalean como gorilas. A solas, Reme miraba a sus hijos como a extraños. No los amaba, lo supo la vez que el incauto le propuso llevarlos a un fotógrafo de intramuros para hacerles un retrato y ella pensó que eso sería tirar el dinero y qué largo el viaje a la ciudad, el calor, la pringue, los niños como peces detrás del cristal del autobús.

Uno se cansa de lo que tiene cerca, y de madrugar, y de estar siempre cansado: al incauto dejaron de interesarle los besos de agua y las siestas sin dormir, Reme dejó de hacer cuentas, él acabó conformándose. Dos, un niño y una niña, bonitos como muñecos de recién nacidos; feos y hostiles de mayores. Años más tarde, cuando el incauto ya no existía y sucedió el advenimiento de los libros repentinos, Reme aprendería que *el hombre a los quince días de la boda deja la cama por la mesa y luego la mesa por la taberna, y la que no se conforma se pudre llorando en un rincón*, qué verdad tan inmensa, pensó entonces, yo fui la tonta que se pudrió solita soñando con Cary Grant durante medio siglo.

Por la nostalgia, por la planicie de la rutina o por el amianto, el incauto se hizo viejo anticipadamente. Padecieron la cruz de las consultas y los mostradores, las placas de rayos, los pulmones con fibrosis, los niños jugando en las escaleras del ambulatorio mientras esperan a que papá salga del médico, que no termina nunca. Reme se olvidó del resto: había que cuidar de los pequeños, llevarlos al colegio, limpiar la conejera, vigilar las recaídas, apuntar las citas de los especialistas. El cine quedaba lejos, en la ciudad. Las cosas ya habían cambiado, un autobús con horario fijo hacía el recorrido a intramuros, en los días claros se distinguían las torrecillas de la catedral como alfiles en un tablero. Las vecinas, un tanto más feli-

ces que ella, decían pobre Reme, se le va a morir el marido tan joven. Pero tardó.

Glorietas. Rondas de circunvalación. Planes de empleo. Son los años ochenta, el conde de Alcotán yace en el panteón familiar, *ABC* le dedica páginas retrospectivas en cada aniversario de su muerte, una esquila pagada por el Real Patronato recuerda su amor por los pobres entre los pobres, siempre al auxilio, siempre al socorro de los que nada tienen, in memóriam. Crecieron los niños en las habitaciones amarillas, terminaron el colegio sin provecho y resultó que a la niña también le gustaban los guapos, y los guapos del barrio son la peor compañía; y resultó que el niño no paraba quieto, sus pies se movían como lagartijas cuando lo obligaban a estar sentado. Mal fruto, demasiada calle y nadaquehacer, la casa es pequeña, los críos se pelean como animales encerrados, el padre se sienta al sol, tose y no dice nada, la madre entra en el cuarto para pacificarlos y sale arrastrando los zapatos, prepara la cena, no siempre acuden, Reme prefiere no saber dónde están, pertenecen a otro mundo, nunca fueron ninguna cosa mía, nacieron a mordiscos, reventándome por dentro, yo los miraba y no los veía, sus rostros se me borraban, se me escapaban entre los dedos, la piel pegajosa de los bebés, la sangre en las sábanas del paritorio, el primero nació muerto porque era un ángel que no quiso hacerle daño a su mamá, pero los siguientes resultaron dos diablos, fieras, macacos con colmillos durísimos y uñas afiladas como hoja de sierra.

Ochenta: el barrio ha cambiado tanto. Nuevas chozas de chapa crecieron en los descampados, es la pandemia del jaco y los zombis, no salgas a la calle, perdónalos porque no saben lo que hacen. El cine les dedica un género,

los sociólogos redactan estadísticas con entusiasmo. Folk. Mueren a puñados. Algunas congregaciones piadosas los recogen de los charcos y los entretienen con talleres de manualidades y huertos colectivos. Idealización. Son las víctimas predilectas, flaquitos, enfermos, carentes de voluntad e inclinados a la perdición como un automatismo. El producto del blablablá social. Se estabulan en las cárceles igual que hicieron los presos aulladores, eterno retorno, pero las celdas ya no son escudilla y mendrugo sino el reino del confort y la bienaventuranza. Psicólogos, economato, módulos de inserción, sucedáneos de la heroína suministrados por un doctor. Dentro mejor que fuera, eso se sabe. Delinquen para volver al albergue, allí todos se conocen y comparten el pico como buenos amigos. Dentro o fuera, mueren a puñados igual, pero qué diligencia administrativa, qué dependencias clínicas. Cuerpo no reclamado, se ignora el paradero de la familia. ¿Donación al instituto anatómico? No, residuo biopeligroso. Hay un terreno libre en el cementerio. Iniciales en una plaqueta. El ciclo se alimenta de nuevas víctimas: los hijos de los primeros pobladores del barrio fueron los párvulos de aquella escuela primaria que tardó tanto en abrir; por ejemplo, los niños de Reme, que entraron con seis años y salieron con trece, malescribiendo y malhablando como trogloditas, y que ofrecieron su carne tierna al sacrificio del dios yonqui. Se descompuso el espíritu del kibutz, nadie confía en nadie, apenas en la vecina de escalera porque sabes cuánto sufre, el barrio se hunde mientras la cofradía prospera con las colectas de los desesperados, Reme y el incauto envejecen, los niños vuelven a casa sólo para pedir dinero, un día dejan de hacerlo.

Es el tipismo de la barriada, verdades recurrentes en

todas las ciudades. Al principio las comadres siguieron conmoviéndose, pobres muchachos, pero el drama aburre tan repetido, nadie se compadece del dolor del otro cuando el propio es muy. ¿Qué dicen los herederos del conde de Alcotán? ¿Qué los próceres, qué los ingenieros y los promotores? El destino es un arado que labra la carne, el surco que revienta los cuerpos. Ejemplo: en una de las tabernas del barrio cuelga una fotografía de la primera cuadrilla de costaleros de la hermandad, y de las treinta y seis nuca que cargaban el palio primitivo sólo nueve sobrevivieron a la epidemia yonqui, el resto fue devastado por el contagio, la cárcel o los malos encuentros. Estadística.

A veces el barbecho concede una tregua, los cuerpos descansan y se regeneran dando a luz a otros cuerpos. Baby boom, años sesenta. Pero el arado exige la labranza. Modelo reactivo. Vidas ejemplares. Caso práctico: Reme y los suyos. Los estereotipos facilitan el trabajo del observador. Reducen. No mienten. Los estereotipos existen, la gente común se inviste de ellos y repite el modelo. El folklore (las pelis de denuncia, los casetes de carretera, los relatos orales) reafirma la identidad. No ficción. Lo mismo ocurre en otros países, también en los cinturones industriales del mundo civilizado. Chavs en Bristol. Caillasses de Marsella. Ni siquiera es trágico. Es común.

No todo fueron fatalidades de novela de kiosco: Reme recuerda con viveza los días plácidos del principio, poco después de la fundación del barrio, las primeras familias tomando el sol en los arriates, el dinero recontado que el incauto ganaba con el lomo, los bebés gateando sobre las baldosas frías, las manitas agarradas a la colcha para ponerse de pie como una conquista, se va a caer, espera, deja

que pruebe, la colcha se desliza, el bebé se queja, no ha sido nada, no llores, aúpa. Los sábados, una cerveza en el bar de mesas de tabla del segundo bloque mientras los niños juegan en la plaza, se persiguen, tienen cinco, siete años, son inofensivos, ¿nueve ya, el mayor? Reme y el incauto se toman de la mano como novios, la de ella aún suave, la de él con heridas de soldadura, parecen felices. En la mesa de al lado se sientan dos muchachos del bloque nuevo, tan jóvenes. La chica acaba de dar a luz a un bebé-gusano al que envuelve en doscientas mantas y toquillas, ni siquiera cumplió la cuarentena, es la euforia y la somnolencia de los primeros días. Son como nosotros, piensa Reme, igual que nosotros cuando llegamos, la misma cara de pasmo, han pasado doce años, ¿ya doce?, Reme mira la fecha en la losa de la fachada. Que lo vas a ahogar, dice, deja que le dé el sol, ¿puedo?, lo coge en brazos, qué poco pesa, una pluma, ya ni me acuerdo, dice, y sonrío del modo que nunca hizo cuando tomaba en brazos a los suyos, cómo se llama este gusanito, pregunta, se llama Ana, hola, Anita, bienvenida.

Durante un tiempo se vieron a menudo en el bar de las mesas de tabla, Reme y el incauto se sentían anfitriones a su lado, ella comenzó a querer al bebé Anita más que a sus propios hijos, tal vez porque no tenía que atosigarla con la cuchara ni recoger sus trastos, le hacía regalos, la sacaba a pasear al sol burlándose de los remilgos de su madre. El incauto, que ya lo era menos, consiguió que el muchacho entrara de aprendiz en el negocio, se encontraban en el portal por las mañanas para ir juntos al trabajo como si fueran escolares. Fraternidad, supervivencia compartida, buenos vecinos que se ayudan, eso eran. Reme ya no se sentía tan sola, la mamá de Anita sería su comadre para siempre, pasearían cogidas del brazo como

hermanas, recortarían fotos para los álbumes de familia, irían a las bodas de sus hijos y a los bautizos de sus nietos, envejecerían juntas cuando sus maridos murieran.

Pero ocurrió que una mañana el padre de Anita salió de casa diez minutos antes de lo previsto, el mono azul y la tartera, el beso para su mujer y para el bebé, cerró la puerta, bajó las escaleras, cruzó el portal, no esperó a que llegara el incauto, se fue, y no regresó jamás; jamás, sin explicaciones ni cartas de despedida, ninguna llamada nocturna, ninguna respiración contenida en el auricular, ningún llanto sofocado. La policía dijo que es muy frecuente: un hombre joven con demasiadas cargas sobrevenidas que decide quitarse de en medio, quizá conoció a otra chica que no le hablaba de papillas, pañales ni dónde está el dinero de la renta. Los datos y la denuncia quedan registrados en la comisaría, señora, hay quien vuelve al cabo de un tiempo cuando ya se cansó de vagabundear o cuando la amiguita se le puso igual de pesada, no se apure. ¿Era feliz con usted, no será una bronca de enamorados? Ese bebé que lleva en brazos, ¿era su hijo?, ¿está segura?, ¿él también lo estaba? ¿Cuántos días hace que se marchó? Mire, la policía no persigue maridos fugados, ya le avisaremos. Usted es joven y bonita, abra los ojos, deje que la miren, la niña necesitará otro papá.

No apareció otro papá, y cuatro vidas quedaron destruidas con la fuga: la del bebé, la de la mamá y las de los amigos recientes, que ya no tendrían con quién tomar cervezas en las mesas de tabla. Reme ni siquiera pudo lanzarse a la protección de aquellas dos refugiadas, era demasiado pronto, se conocían desde hacía muy poco, no tenían la confianza necesaria como para decir ven aquí, no llores. Si el trance hubiera ocurrido después de algunos años de amistad, todo habría sido distinto, pero las

comadres necesitan recuerdos compartidos, algo que contarse distinto a tu marido se marchó y yo sólo vengo a tu casa porque siento lástima por ti, porque me compadezco de ese bebé que nada sabe.

Anita creció linda y salvaje, el incauto murió en el hospital con los pulmones cristalizados dejando una pensión exigua, y Reme se quedó sola para siempre en la co-nejera. Fue entonces cuando se produjo el advenimiento de los libros repentinos. Iba a cumplir setenta años y, al abrir aquella caja remitida por error, recordó cuánto le gustaba leer de pequeña, devoraba los tomos piadosos de la escuela, se bebía las novelas de amor de los kioscos, se relamía con las cubiertas de las revistas ilustradas, mucho antes de los novios, de las bofetadas, del incauto, de Rock Hudson, de Cary Grant, de la nanocasa concedida, de los hijos desgraciados, de la epidemia yonqui; mucho antes, los libros.